

---

**CONFERENCIA**

---

**¿Utopía, Hemisferio, o País? Una Genealogía de América**

**FLORENCIA MALLON, UNIVERSIDAD DE WISCONSIN-MADISON**

**Abril, 2015**

## **¿Utopía, Hemisferio, o País? Una Genealogía de América**

Cuando José Martí publicó su polémico ensayo “Nuestra América” en México en enero de 1891, su uso de la frase “nuestra América” pudo verse como un llamado a la unidad entre las repúblicas ubicadas al sur del Río Bravo. “Ni ¿en qué patria puede tener un hombre más orgullo que en nuestras repúblicas dolorosas de América...?” preguntó. Y continuó: “De factores tan descompuestos, jamás, en menos tiempo histórico, se han creado naciones tan adelantadas y compactas”.<sup>1</sup>

Al publicar el ensayo en México en 1891, más de tres décadas después que la guerra con Estados Unidos había desmembrado el territorio de la nación mexicana, Martí estaba muy consciente de la necesidad de sonar la alarma sobre el país del norte. “El desdén del vecino formidable”, escribió,

que no la conoce, es el peligro mayor de Nuestra América; y urge, porque el día de la visita está próximo, que el vecino la conozca pronto, para que no la desdeñe. Por ignorancia llegaría, tal vez, a poner en ella la codicia.<sup>2</sup>

Sabemos, por supuesto, que sus comentarios fueron proféticos, puesto que sólo siete años más tarde los Estados Unidos invadirían Cuba y Puerto Rico como parte de su guerra con España.

Me propongo aquí trazar una genealogía foucaultiana de los múltiples significados de “América”, y cómo evolucionaron de una visión hemisférica durante los siglos XVI a XVIII, a una serie de significados debatidos, uno de los cuales era el de Martí, en el siglo XIX y más allá. Siguiendo en la tradición ensayista latinoamericana, a la cual también perteneció Martí, me propongo usar este medio para desestabilizar ideas o conceptos existentes. También uso la idea de ensayo en su sentido más amplio de “ensayar”; o sea, de intentar algo nuevo. Mi propósito no es producir un análisis definitivo, sino abrir nuevas vetas para la discusión.

Comenzaré por excavar lo que Foucault llama “los conocimientos subyugados”: los conocimientos sepultados por las relaciones de poder. Exploraré los numerosos y cambiantes significados de “América”, colocándolos en el contexto de las cambiantes relaciones de poder en el hemisferio occidental y el mundo atlántico del cual formaba parte. Retornando después a los significados múltiples de “América” y como han sido debatidos, usaré el método de genealogía, lo que Foucault ha llamado “un

intento por emancipar los conocimientos históricos”, para reflexionar sobre cómo y cuándo “América” se volvió—en el país del norte—sinónimo de “Estados Unidos”.<sup>3</sup>

El historiador intelectual mexicano Edmundo O’Gorman se enfrentó, desde los 1940s, a la noción del “descubrimiento” de América, llegando a creer que más bien debería llamarse “la invención de América”. Poco después de publicarse la primera edición en castellano de su libro con este nombre fue invitado a dar una serie de conferencias en Indiana University en Estados Unidos, donde logró repensar este proceso de invención, ubicando su origen en la necesidad de dar cuenta del nuevo conocimiento producido por las expediciones marítimas que encontraron nuevas tierras hacia el oeste, entre Europa y Asia. Aquí se entabló un diálogo conflictivo entre el nuevo conocimiento y la visión del mundo confirmada en la teología cristiana. Las expediciones cruciales que ayudaron a formular el concepto de un “mundo nuevo” fueron la de Amérigo Vesputio en 1501-1502, y el último viaje de Cristóbal Colón entre 1502 y 1504.<sup>4</sup> O’Gorman vió a Vesputio y Colón como colaboradores en vez de rivales porque a pesar de su competencia, los dos compartían el deseo de ubicar, al navegar hacia el oeste, un paso al Océano Índico y por tanto a Asia. Los fracasos de ambos exploradores fueron esenciales, escribe O’Gorman, puesto que tuvieron “la consecuencia de hacer posible una inesperada y decisiva revelación”.<sup>5</sup> Aunque cada uno explicara el fracaso de forma distinta, el viaje casi interminable de Vesputio hacia el sur constató la existencia de un mundo nuevo.

El resultado final de este complicado proceso fue la publicación en 1507 del folleto *Cosmographiae Introductio* por la Academia de Saint-Dié. Más allá de bautizar estas nuevas



**Una imagen en O'Gorman, Lámina VI, denotando el intento del hermano de Cristóbal, Bartolomé Colón, de dar significado a las exploraciones de ellos y de Vespucci.**

tierras con el nombre de América, quizá lo más importante y transformador de este documento fue el reconocimiento de América como un cuarto continente a la par con Europa, África y Asia. Y esto lo cambió todo, escribe O'Gorman, puesto que "el hombre de la Cultura de Occidente desechó las cadenas milenarias que él mismo se había forjado. No por casualidad América surgió en el horizonte histórico como el país del porvenir y de la libertad".<sup>6</sup>

Podemos poner en diálogo las reflexiones de O'Gorman con las del historiador estadounidense Jack Greene, quien sugiere que tanto Vasco de Quiroga en México, como los jesuitas en Paraguay y los puritanos en Nueva Inglaterra deseaban encontrar en América "un lugar donde podrían realizar sus sueños y esperanzas que no podían ser realizados en el Viejo Mundo".<sup>7</sup>

Según el historiador estadounidense Jorge Cañizares-Esguerra, este deseo utópico compartido tenía además un lado más oscuro. Tanto los españoles como los ingleses, católicos y puritanos, enmarcaron su papel en el Nuevo Mundo en "la tradición de las guerras sagradas cristianas", viendo la colonización europea del Nuevo Mundo como una misión única para salvar al continente y su población

indígena de la opresión demoníaca, misión que reverberaba con las narrativas bíblicas de la conquista de un Nuevo Canaán para fundar una Nueva Jerusalén.<sup>8</sup>

También es importante notar que cuando los puritanos empezaron a pensar en la colonización de América del Norte, ya las colonizaciones española y portuguesa habían estado en proceso por casi un siglo. La riqueza que estaba llegando a España y Portugal de las Américas, explica Greene, motivó fuertemente a otros países europeos en su deseo de hacer algo similar. Al mismo tiempo, la lucha por la independencia de los Países Bajos en contra del Imperio de Habsburgo creó una enemistad profunda entre la España, cuyo rey había heredado ese imperio, y los holandeses. Esta enemistad reverberó, como explica Benjamin Schmidt, de forma muy compleja con las narrativas de la conquista Española en América.<sup>9</sup>

Aunque los analistas están en profundo desacuerdo sobre los orígenes y la difusión de la Leyenda Negra, un aspecto bastante claro es que la mayoría de las versiones comenzaron con la *Brevísima Relación de la destrucción de las Indias* del Padre Bartolomé de las Casas. Como escribe Lewis Hanke, los escritos del padre, quizá especialmente su *Brevísima Relación*, “pueden considerarse expedientes apasionadamente escritos para abogar por una causa específica” y “tienen el tono de folletos todavía calientes de la imprenta que se han producido para convencer a los lectores a apoyar una acción específica e inmediata a favor de los indígenas”.<sup>10</sup> Y Schmidt señala que “Los cálculos de número de muertos se presenta obsesivamente a lo largo” de la narrativa del padre Las Casas, y agrega que “el padre dominicano nunca clarificó cómo llegó a estos altísimos números que, si sumamos los totales en las distintas islas y provincias que incluyó en sus estimaciones, el total llega más allá de veinte millones”.<sup>11</sup>

Si no podemos reconstruir el proceso mediante el cual Las Casas calculó sus números, sí podemos reconstruir el origen y contexto de su apasionada denuncia. Como miembro de la primera generación colonizadora en la isla de Española, había recibido una encomienda como recompensa por haber participado en la conquista de Cuba ya como sacerdote ordenado. Esta conquista--sumada a sus viajes posteriores en México y América Central--formaría la base principal, en sus escritos posteriores, para sus denuncias de abuso. Las Casas también formó parte de un linaje colonizador más amplio, puesto

que su padre y su tío participaron en la última expedición de Cristóbal Colón al Caribe y, escribe David Brading, le trajeron un joven indígena esclavo para su servicio.<sup>12</sup>

Resumiendo la versión del propio Las Casas, Brading explica que el sacerdote empezó a cambiar de parecer con la llegada de los frailes dominicanos a Española en 1510 puesto que "pronto merecieron fama por su vida austera y dedicación misionera".<sup>13</sup> El padre siguió en posesión de su encomienda y mantuvo su estilo de vida hasta la Pascua de la Resurrección, cuando el fraile dominicano que lo confesó rehusó "darle la absolución" y se le asignó para su sermón de Pascua una porción de Eclesiastés que comenzaba "Si uno sacrifica parte de algo que se ha conseguido de mala fé, el sacrificio está manchado; los regalos de los transgresores son inaceptables..."<sup>14</sup> Todas estas revelaciones acumuladas llevaron a que "en 1514 Las Casas decidió liberar a sus Indios y buscar una reforma del sistema entero".<sup>15</sup>

Esta historia de transformación personal es un factor central en cualquier explicación de la pasión y el fervor misionero con que Las Casas escribió sobre la crueldad española frente a los indígenas: ¡Él había participado de ella! Podamos o no confirmar sus números--y este tema ha suscitado numerosos y apasionados debates entre los historiadores de la Hispanoamérica colonial--sus repetidos intentos de reformar las prácticas españolas, tanto como su entrada a la orden dominicana, muy probablemente están conectados a su necesidad de buscar expiación por sus pecados anteriores. Es en este contexto que tenemos que comprender la pasión de su *Brevísima relación*. Pero este elemento central, moral y personal de la historia se perdió en los abundantes y apasionados enfrentamientos historiográficos sobre la Leyenda Negra que se dieron, para finales de los años 1960 y comienzos de los 1970, entre los historiadores estadounidenses de la Hispanoamérica colonial.<sup>16</sup>

Más allá de las numerosas y complejas formas en que el texto de Las Casas se transformó mediante el viaje y la competencia colonial, debemos señalar adicionalmente que, aunque la conquista fue violenta y destructiva a lo largo del hemisferio americano, hubo diferencias de región a región. En los imperios Inca y Azteca, por ejemplo, los conquistadores lograron aprovechar las divisiones existentes entre los pueblos nativos para negociar aunque fuera un apoyo limitado para su empresa. Así, aunque Hernán Cortés inicialmente tuvo recurso a la violencia extensiva para "convencer" a los Tlaxcaltecas de

servir como sus aliados en contra de los Mexica, tanto así que Charles Gibson describió ese enfrentamiento inicial como "La conquista de Tlaxcala",<sup>17</sup> una vez que se forjó la alianza resultó siendo efectiva a nivel militar a pesar del costo humano realmente espeluznante de tomar la capital de Tenochtitlán.<sup>18</sup> Aunque los hermanos Pizarro trataron de forma violenta y falsa con el Emperador Inca Atahualpa, quien fue finalmente ejecutado, su conquista de la región se benefició de la ayuda de los Wankas de la sierra central, quienes hacía poco habían sido conquistados por los Incas.<sup>19</sup> La situación fue distinta en el cono sur, donde la falta de oro y plata limitó los recursos que los conquistadores estaban dispuestos a invertir y los pueblos que habitaban estos lugares tenían sistemas políticos descentralizados. De hecho, como bien se sabe, estas regiones más al sur no caerían bajo el dominio de ningún estado centralizado hasta después de terminado el período colonial.<sup>20</sup>

Estas diferencias explican mejor los procesos y resultados de las distintas conquistas y colonizaciones en las Américas que cualquier intento de pensarlas en base a las diferencias entre las culturas del norte y sur de Europa. Ocurre lo mismo con las diferentes oportunidades económicas que se dieron en cada región. La riqueza minera estaba concentrada en México y Perú, justamente donde los imperios ya existentes tenían sistemas complejos de control de trabajo que los españoles lograron apropiarse y ampliar. En el Caribe y sus entornos las formas de riqueza existentes no eran tan fáciles de explotar, aunque como bien sabemos la producción de azúcar cambiaría esto a largo plazo.

En Nueva Inglaterra, los recursos eran las maderas, la agricultura y la caza de animales para sus pieles. Aunque los criterios del mercado estuvieron siempre presentes el proceso de colonización, como ha escrito Neal Salisbury, comenzó con una economía de intercambio en que comerciantes franceses y holandeses ofrecían artículos europeos de consumo—como herramientas, textiles, ollas de cobre y cuentas de vidrio—a cambio de las pieles. En contraste con los franceses y holandeses, escribe Salisbury, “las expediciones inglesas entre 1602 y finales de los 1610s intentaron forzar o dominar uno u otro de los pueblos aliados a los franceses para obtener comida, fuerza de trabajo o territorio y para establecer su autoridad política y superioridad cultural”.<sup>21</sup> Fue por esto que los ingleses inicialmente no tuvieron éxito, y su suerte cambió solamente después de que la primera gran epidemia redujo a la población Nativa,

citando a Salisbury, “por más o menos un noventa por ciento”. De hecho, Salisbury concluye que, de forma parecida a otras partes de las Américas, fueron las epidemias para las cuales “los indígenas no tenían anticuerpos” que resultaron ser el arma de colonización más efectiva.<sup>22</sup>

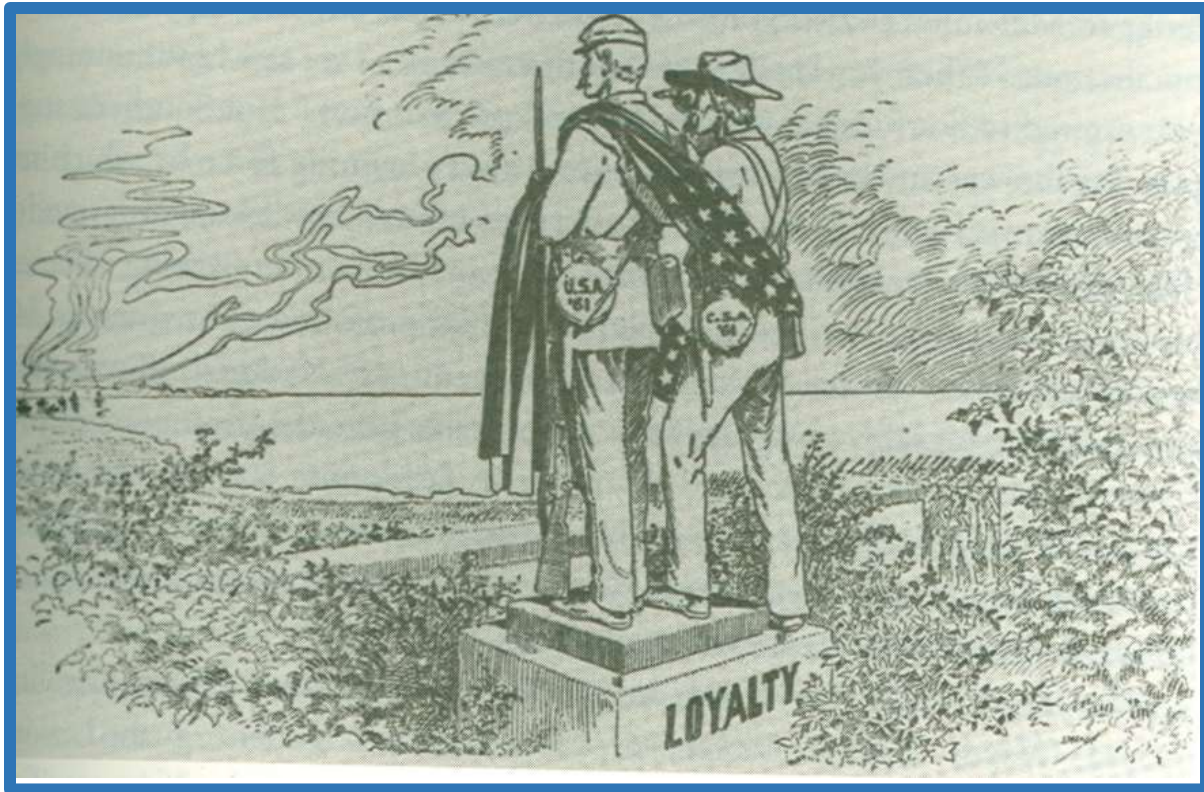
Por tanto, aunque el carácter de las colonizaciones fuera muy distinto, había una similitud dramática en el proceso de “conquista mediante la enfermedad epidémica” que le da una ironía especial a la noción de una Leyenda Negra que solamente tenía que ver con la colonización española. También debemos recordar que la Leyenda Negra siguió una larga y tortuosa trayectoria, informada repetidamente por las luchas por la supremacía entre los poderes coloniales europeos, no solamente en la época entre los 1500s y 1800s, sino que también hasta comienzos del siglo XX. De hecho, si pensamos la evolución de la Leyenda Negra en el contexto de los conflictos internacionales entre los poderes europeos, es quizá especialmente interesante que el intelectual franquista español Julián Juderías publicó la primera edición de su denuncia de la leyenda en 1914, al comienzo de la Primera Guerra Mundial, y la segunda edición en 1917, citándolo directamente, “en los momentos en que se halla en su apogeo una guerra sin precedentes en la historia. Esta guerra, en la cual se destruyen con saña indescriptible las naciones que teníamos por más cultas, ha deshecho no pocas ilusiones”.<sup>23</sup>

Aunque en desacuerdo sobre algunos de los detalles, la mayoría de los estudiosos están de acuerdo que la Leyenda Negra surgió en Europa en el contexto de la Guerra de Flandes, en que los Países Bajos lucharon por su independencia frente al Imperio de Habsburgo. Benjamin Schmidt hace claro que la invasión Española de los Países Bajos se representó, en las narrativas holandesas, de forma paralela a la conquista de América. Es también bastante notable que en el mismo año, 1620, se publicaron en Ámsterdam dos libros sobre la tiranía española, uno sobre los Países Bajos y el otro sobre las Indias Occidentales. Los dos contenían ilustraciones sumamente gráficas y muy parecidas que detallaban los abusos horribles de los soldados españoles. Como señala Schmidt, las litografías originales sobre la



habían aparecido primero en la traducción al latín de la *Brevísima Relación* hecha en 1598 por Theodore de Bry.<sup>24</sup>

Es especialmente fascinante, en este contexto, que la *Brevísima Relación*—con las ilustraciones de De Bry incluidas—volvió a circular en Estados Unidos en 1898 como parte de una campaña de propaganda en apoyo de la Guerra entre España y Estados Unidos. Como anotan los académicos estadounidenses Amy Kaplan y David Blight, la Guerra entre España y Estados Unidos puede verse, por lo menos en parte, como un intento de resolver, en tierra extranjera, las contradicciones muy profundas del proceso de formación del estado que habían culminado, en Estados Unidos, en la Guerra Civil. Blight analiza una caricatura política que apareció en el periódico estadounidense *Chicago Inter-Ocean* en mayo de 1898: “Al lanzarse Estados Unidos a la guerra con España en 1898, esta caricatura celebraba la reconciliación de los veteranos de la Confederación y de la Unión, los dos envueltos en la bandera nacional mientras miraban quemarse a Cuba”.<sup>25</sup>



Kaplan escribe que los periodistas y políticos “representaron la guerra con España como una recuperación nostálgica del heroísmo de una generación anterior y como una batalla final purgativa que pudo sanar las heridas y divisiones de su guerra interna mientras que lograba cumplir con su meta de la unificación nacional”.<sup>26</sup> Al enfocarse exclusivamente en la presencia de los soldados estadounidenses en el campo de batalla, algo que “tenía que producirse ideológicamente”, logran “borrar la historia anterior de la guerra de los cubanos en contra de España” y así ubicar “el punto de origen de la Guerra en la entrada de Estados Unidos al conflicto”.<sup>27</sup>

Borrar la historia previa de la guerra cubana en contra de España está también en el mismo centro de la publicación, en 1898 por una casa editorial en Nueva York, de una traducción al inglés de la edición francesa de 1620 de la *Brevísima Relación*. Con el título de *Un Recuento Histórico y Verídico de la Cruel Masacre y Matanza de 20.000.000 de personas en las Indias Occidentales por los ESPAÑOLES*, esta versión decía además que había sido “Escrita por EL OBISPO LAS CASAS, TESTIGO OCULAR”.<sup>28</sup> Después de reproducir el texto de la edición francesa en una traducción atribuida

solamente a “N.M.L.,” esta versión continúa de la siguiente manera: “El español del siglo XIX es muy poco distinto al español del XVI. Es verdad que no se atreve a cometer las acciones escandalosas que se han narrado en las páginas anteriores; pero si recordamos su forma de tratar a las mujeres y niños indefensos de la provincia de La Habana, y el crimen impensable de un oficial español que, en su informe oficial, se vanagloriaba de haber matado a una familia entera de cubanos, con excepción de una niña de catorce años, a quien mantuvo como concubina, podemos ver que el español de hoy se comparaba favorablemente a su antepasados”.<sup>29</sup>

En esta sección de la nueva traducción, con el título de “Los españoles hoy en Cuba”, las descripciones de los abusos cometidos por el ejército español van acompañadas por las litografías originales de De Bry. La ubicación de estas ilustraciones tiene el claro propósito de asociar lo que los españoles estaban haciendo en Cuba en el siglo XVI con lo que están haciendo a finales del siglo XIX, proporcionando así una justificación humanitaria para la intervención estadounidense. Cerca del final de esta sección, por si el lector todavía no ha comprendido el mensaje, aparece el siguiente comentario: “Han pasado casi cuatrocientos años desde que Pizarro y Cortez (*sic*), con sus bandas de seguidores temerarios y crueles, devastaron las Indias Occidentales y la América del Sur. Hoy aparece un nuevo Pizarro, con la forma de un General Weyler”.<sup>30</sup>

En la sección final de esta nueva traducción, con el título de “Un poco de información sobre Cuba”, los posibles inversionistas reciben una descripción de los recursos y la geografía de la isla. El texto les asegura que “aproximadamente dos tercios de la costa están libres de cayos y arrecifes, y de fácil acceso”.<sup>31</sup>

Ya no puede ser más claro el mensaje de esta nueva traducción. Los Estados Unidos tienen que intervenir en Cuba para prevenir más abusos de parte de los sanguinarios españoles quienes, si nos basamos en el testimonio ocular del padre Las Casas, han sido responsables de las muertes de millones de inocentes desde la época de Pizarro y Cortés hasta el presente. El premio por esta acción humanitaria será, claro está, los recursos abundantes de la isla, que son “de fácil acceso”. Pero si reflexionamos sobre esta nueva traducción en conjunto con el análisis de Kaplan, podemos ver cómo, al borrar las guerras

cubanas de independencia que habían comenzado en los 1860s, se hace posible transformar los abusos notables en contra de la población cubana del ejército español bajo la comandancia del General Valeriano Weyler, parte de una campaña de contrainsurgencia frente a un poderoso enemigo compuesto de un ejército cubano multirracial<sup>32</sup>, en una simple continuación de los abusos españoles que comenzaron a finales del siglo XV. Y, ¿qué podría ser más conveniente, del punto de vista de una emergente potencia colonial internacional, que la posibilidad de construir sus acciones imperialistas como defensa humanitaria de víctimas inocentes incapaces de defenderse ellos mismos?



Parecería que fue precisamente en este momento en que sus ambiciones internacionales se expandían, en el hemisferio americano y en el Pacífico, que la propiedad efectiva, desde una perspectiva estadounidense, sobre el término “América” se habría confirmado. También fue justo en estos momentos que la Conferencia de Berlín confirmó las ambiciones de los poderes europeos sobre el continente africano, creando un aliciente adicional y poderoso para que los Estados Unidos, en su constante

competencia con Europa, definiera su propia esfera de influencia entre el Caribe y el Pacífico.<sup>33</sup> Pero nos falta considerar la historia política anterior de los Estados Unidos, y explorar la complicada y difícil evolución de una nación postcolonial que intentó juntar un grupo de colonias de distintos y conflictivos orígenes en una sola entidad.



El historiador estadounidense Leonard Sadosky hace claro que tanto el proceso de independencia de los Estados Unidos, como las negociaciones muy complicadas sobre la confederación versus la federación que se desarrollaron entre la Declaración de la Independencia en 1776 y la Ratificación de la Constitución en 1787, deben comprenderse en un contexto Atlántico en el cual las ambiciones de Estados Unidos de formar parte del sistema más amplio de Westfalia que había emergido después de la Guerra de los Treinta Años en Europa (1618-1648) se vieron repetidamente frustradas, en el contexto del modelo de la confederación, por la falta de una diplomacia efectiva.<sup>34</sup> Todo esto presionó hacia un sistema político más unificado, algo especialmente difícil dado el sentido profundo de autonomía que compartían las colonias originales que se habían juntado en la confederación, creando una profunda contradicción entre los conceptos “pueblo de América” y “los Estados”.

En el documento titulado *El Federalista*, escrito por James Madison, John Jay y Alexander Hamilton bajo el seudónimo Publius, cuando se discute la relación entre los distintos sectores del gobierno nacional, se lee que “La Cámara de Diputados derivará sus poderes del pueblo de América”. Después leemos: “El Senado, por otra parte, derivará sus poderes de los Estados, entidades políticas iguales entre sí”.<sup>35</sup> Aquí vemos la tensión entre la noción de “América” que representa la unidad, y la noción de “los Estados”, que denota autonomía y separación.

Como este documento se propone explicar y justificar la necesidad de una transición de la confederación a la federación a partir de la Constitución de 1787, esta tensión resulta especialmente interesante. También vemos que las nociones de territorio, prestigio y legitimidad son centrales a la evolución de los Estados Unidos y que, según Publius, la falta de un gobierno unificado ha hecho imposible conseguir las, llevando "casi a la última etapa de la humillación nacional". Hay, por ejemplo, "territorios valiosos y lugares importantes en posesión de poderes extranjeros que, según nuestras específicas condiciones, deberían haber sido entregados hace mucho tiempo". Pero no es posible actuar para recuperarlos, puesto que "No tenemos ni tropas, ni erario, ni gobierno". También leemos una frustración muy fuerte sobre la falta de reconocimiento de los derechos internacionales:

¿Tenemos derecho, por naturaleza y por acuerdos, a una participación libre en la navegación del río Mississippi? España nos excluye. El respeto en los ojos de los poderes extranjeros, ¿nos sirve de protección frente a una posible invasión extranjera? La imbecilidad de nuestro gobierno hasta les prohíbe tratar con nosotros. Nuestros embajadores en el extranjero no son más que vergonzosas imitaciones de soberanía.<sup>36</sup>

Con sus orígenes en el proceso de la independencia, esta frustración involucró no solamente a Inglaterra, Francia y España, sino que también a los pueblos indígenas. Y el temor que los ingleses, españoles o franceses--posiblemente con la ayuda de las naciones indígenas descontentas--podrían ser obstáculos al desarrollo de los Estados Unidos de América, no era enteramente una ilusión, lo que le dio todavía más fuerza al argumento que una autoridad central tendría que tener suficiente poder para hacer las decisiones que involucraban al interés nacional.<sup>37</sup>

En las últimas dos décadas del siglo XVIII se agregaron al panorama internacional y Atlántico los conflictos entre España, Francia y Gran Bretaña alrededor de la Revolución de Haití en el Caribe. Laurent Dubois ha demostrado el impacto global de estos conflictos, y también que la compra a Francia por los Estados Unidos de Louisiana en 1803 fue parte de este proceso,<sup>38</sup> dando aún más apoyo a la idea que la expansión continental de Estados Unidos estaba íntimamente ligada al convencimiento, por parte de los líderes políticos estadounidenses, que solamente mediante la expansión territorial sería posible competir con los poderes europeos.

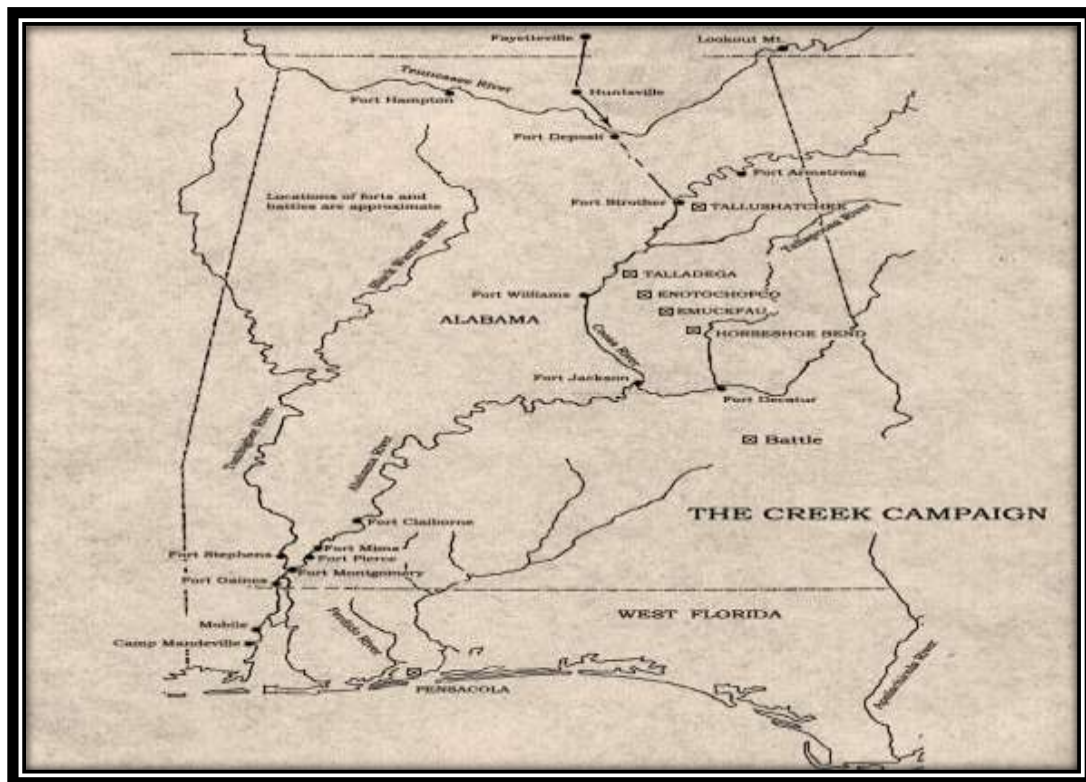
Encontramos la evidencia más sólida sobre la conexión entre todos estos eventos y temores en las memorias de John Quincy Adams cuando en 1819 reflexiona sobre una conversación que tuvo con varios otros importantes dirigentes políticos quienes expresaron su preocupación que Inglaterra y Francia consideraban a los Estados Unidos "un pueblo ambicioso e invasivo":

Dije que dudaba que debíamos preocuparnos por ello. La Gran Bretaña, después de vilificarnos durante veinte años como una nación de mezquinos mercachifles, sin ambiciones generosas y teniendo sólo el oro como nuestro Dios, ha cambiado ahora su tono e intenta sonar la alarma sobre nuestra gigantesca ambición. España está haciendo lo mismo; y Europa, que desde el comienzo de nuestro Gobierno bajo nuestra Constitución presente, ha visto a estas naciones conspirando con los indígenas y negociando para establecer nuestra frontera en el río Ohio, se sobresalta primero por nuestra adquisición de Louisiana, y ahora por nuestra pretensión de expandirnos hasta el océano Pacífico. [...]. No hay nada que podamos decir que cambie esta impresión, hasta que el mundo entero llegue a darse cuenta que nosotros consideramos al continente entero de América del Norte como nuestro dominio legítimo y verdadero.<sup>39</sup>

También es en el contexto de estas tensiones entre los Estados Unidos y Europa que podemos comprender mejor la Guerra de 1812, que involucró a los poderes europeos y especialmente al suroeste del



continente, puesto que durante la Guerra de 1812 comenzó una guerra civil entre distintas facciones del pueblo indígena Creek, por un lado una facción radicalmente anti-europea conocida como los Bastones Rojos (Red Sticks), y por el otro los sectores más moderados y europeizantes del mismo pueblo. Más allá de un destructivo ataque de los Bastones Rojos al Fuerte Mims, guarnición militar en el estado de Alabama, durante el cual murieron cientos de colonos, se supo que los Bastones Rojos estaban consiguiendo armas de proveedores ingleses a través de intermediarios españoles en Pensacola, Florida.<sup>40</sup>



En tal contexto no debe sorprendernos que, entre 1812 y 1827, los Estados Unidos también entabló dos guerras con el pueblo indígena Seminole intentando limitar la influencia de España en la península de Florida

e impedir que los Seminole ofrecieran protección a los esclavos cimarrones. <sup>41</sup>

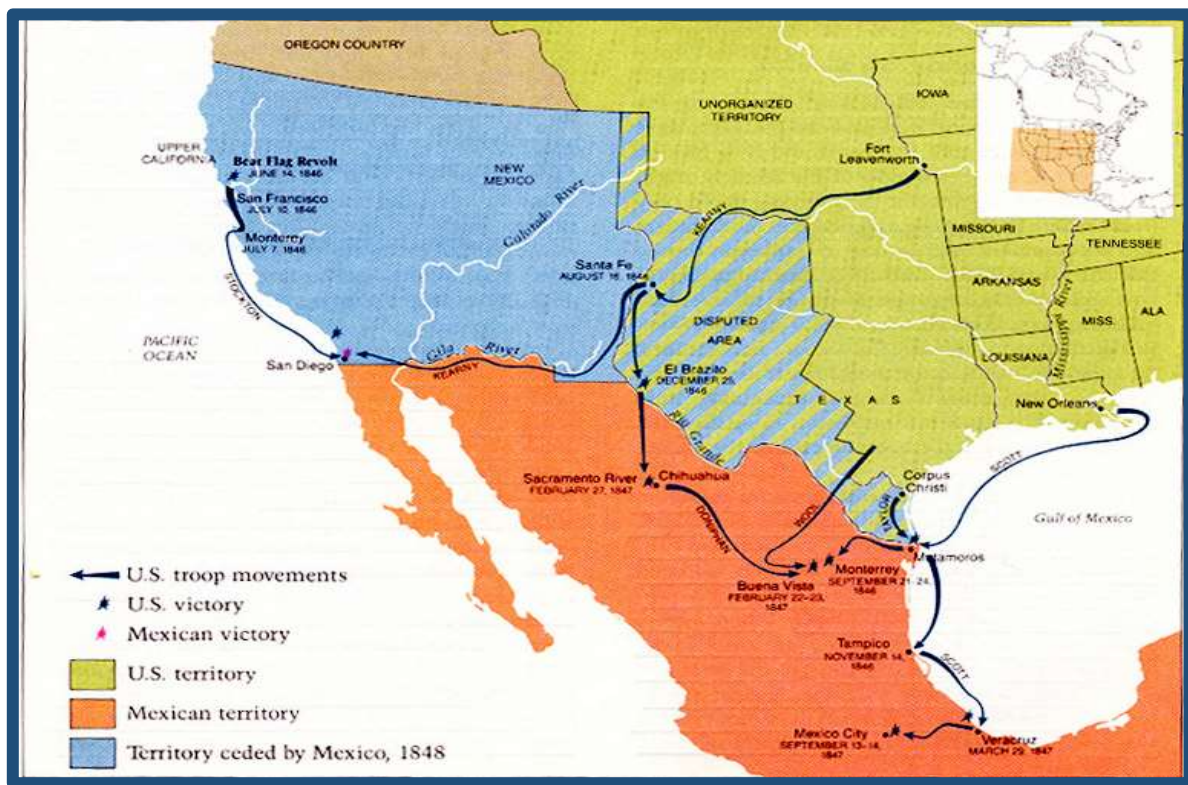


**La foto de la familia Seminole viene de Kevin Mulroy, *Freedom on the Border: The Seminole Maroons in Florida, the Indian Territory, Coahuila, and Texas* (Lubbock, Texas: Texas Tech University Press, 1993), p. 99.**

Las guerras europeas del siglo XVIII y comienzos del XIX también ayudaron a definir la posición de los emergentes Estados Unidos en el continente de Norteamérica, y más ampliamente en el hemisferio americano. Dadas las aspiraciones de los dirigentes políticos estadounidenses en el mundo Atlántico, no debe sorprendernos que la relación con Europa haya jugado un papel tan central y definitivo en el desarrollo de la política de Estados Unidos hacia sus vecinos hemisféricos. Menos analizada es la reverberación entre la política de Estados Unidos hacia los pueblos indígenas y hacia las naciones latinoamericanas, y cómo ambas eran claramente animadas por las preocupaciones sobre la seguridad nacional estadounidense. Sadosky nos ayuda a pensar cómo Andrew Jackson, después de sus victorias frente a los pueblos Creek, desarrolló una estrategia para “limitar la capacidad de los poderes europeos de intervenir en los asuntos internos de los pueblos indígenas y en las negociaciones diplomáticas que los Estados Unidos establecían con ellos”, lo que él llama "la Doctrina Jackson" y que "era casi exactamente lo que los Estados Unidos querían requerir en las relaciones europeas con los nuevos estados latinoamericanos, como se decía en la Doctrina Monroe".<sup>42</sup>

Estas preocupaciones en torno a la seguridad nacional y la falta de igualdad en el Sistema Atlántico tenían también una íntima interconexión con los intensos y persistentes debates al interior de los Estados Unidos sobre los derechos de los estados. Estos conflictos estuvieron profundamente interrelacionados con los debates sobre la esclavitud, y todas estas tensiones emergerían una y otra vez a lo largo del siglo XIX, cuando las dinámicas de formación de la nación estadounidense impulsaron una expansión hacia el oeste buscando controlar, en las palabras de John Quincy Adams, el “continente entero de América del Norte”.

Un punto especialmente álgido en este proceso se daría con la Guerra entre México y Estados Unidos.



Cuando la

penetración comercial estadounidense, especialmente de la región de Texas, se intensificó después de la independencia mexicana en los años 1820, el tema de la esclavitud se volvió un punto de conflicto después de la abolición de la esclavitud en México en 1829, culminando en la llamada Revolución de Texas de 1835. Según John Tutino, "Los anglo texanos que reclamaron su independencia en 1835 buscaron anexarse a los Estados Unidos una década más tarde; estaban dispuestos a renunciar a su soberanía para preservar la economía del algodón y la esclavitud—y para tomar control del Río Bravo".<sup>43</sup>

Según la historiadora estadounidense Amy Greenberg, la Guerra entre México y los Estados Unidos (1846-48) fue en parte una consolidación y reproducción de ideologías y prácticas anteriores en la expansión y conquista frente a los pueblos indígenas de Norteamérica. Describe cómo las compañías de voluntarios del estado de Arkansas, que habían luchado anteriormente en las Guerras Indígenas, usaron tácticas en contra de la población civil mexicana que incluían arrancarles las cabelleras a las víctimas como trofeos.<sup>44</sup> También demuestra que los jefes militares y políticos de la Guerra Civil estadounidense, especialmente Robert E. Lee, Ulysses S. Grant, Stonewall Jackson, George Meade, y Jefferson Davis, tuvieron su primera experiencia en el terreno de prueba militar en México.<sup>45</sup>

Más allá de señalar las conexiones de la Guerra entre México y Estados Unidos con la Guerra Civil estadounidense, el análisis de Greenberg también sugiere que los conflictos entre norte y sur en los Estados Unidos y el expansionismo territorial estadounidense estuvieron relacionados. Este expansionismo, como ya hemos visto profundamente motivado por los conflictos hemisféricos entre los poderes coloniales europeos y por el deseo de tener una posición de igualdad en el Sistema Atlántico mundial, también motivó y fue motivado por los enfrentamientos entre Norte y Sur dentro del mismo país y, según Greenberg, "impulsó a los expansionistas en las dos secciones del país a presionar por más tierra, en Hawái, Centroamérica, Yucatán y particularmente en Cuba". Concluye Greenberg: "Era un conflicto que no se podía resolver con palabras".<sup>46</sup> Pero también había un aspecto económico, planteado por John Tutino en el caso de la Guerra entre México y Estados Unidos al sugerir que la expansión estadounidense tanto a Texas como a lo que era antes el noroeste mexicano llevó no sólo a un conflicto más profundo acerca de la esclavitud, sino que también a una expansión dramática de la economía del país. La relación mutuamente constitutiva entre el crecimiento económico y la expansión territorial que comenzó con la Guerra entre México y Estados Unidos se intensificó con las guerras subsiguientes. En este contexto, la Guerra Civil constituye el último paso en la reorganización de la correlación de fuerzas económicas que impulsaría a los Estados Unidos hacia la expansión como un nuevo imperio.

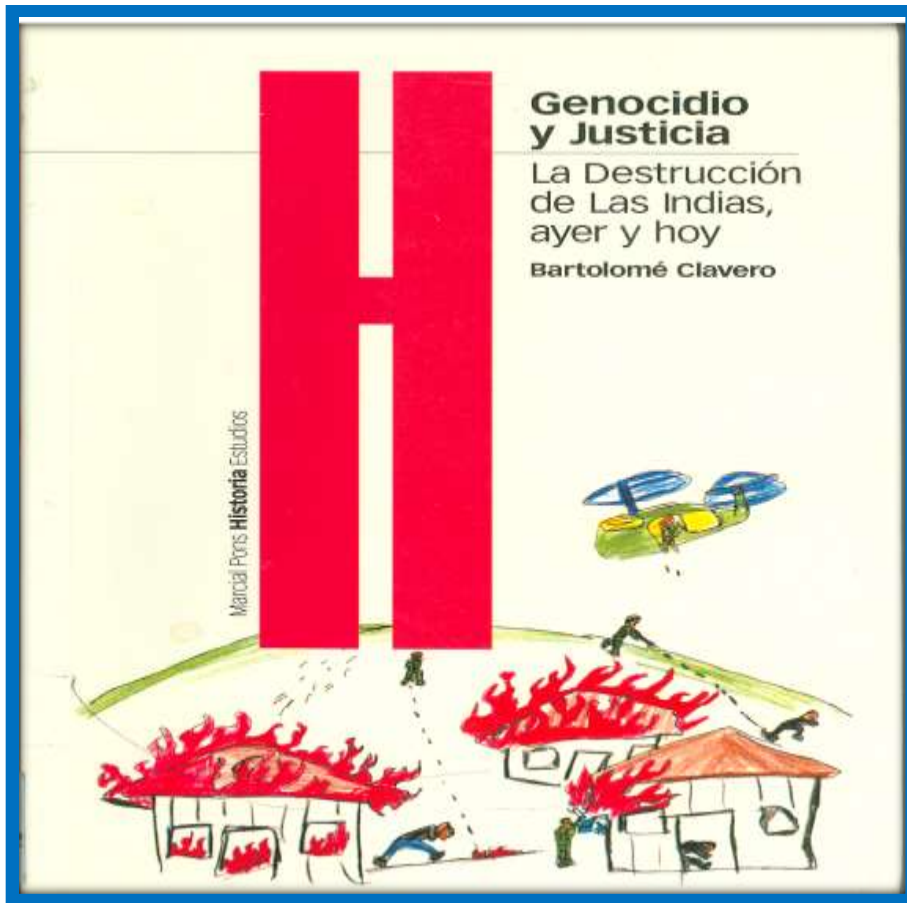
Al mismo tiempo, las dificultades de resolver las heridas y divisiones internas dejadas por la Guerra Civil y el intento de sanarlas en tierras extranjeras también facilitó la emergencia de una nueva visión—un auto concepto, en realidad--de los Estados Unidos como el gran salvador y protector de todos



esos pueblos que todavía sufrían bajo el yugo del colonialismo español.

Mi exploración de cómo una palabra que inicialmente denotaba a la totalidad del hemisferio occidental, se transformó en una abreviación para los Estados Unidos de América, ha llegado a su última etapa. Una arqueología foucaultiana nos sugiere que, desde el momento en que se inventó en diálogo con las exploraciones iniciales europeas, la palabra "América" simbolizó la existencia de nuevas posibilidades y una especie de imaginario utópico. Al mismo tiempo, la idea que los colonizadores europeos estaban en el Nuevo Mundo para liberar a la población americana de la opresión del diablo resultó justificando, desde una perspectiva europea, una buena parte de la violencia y la muerte por epidemia que sufrió la población Nativa. Así es que, en el hemisferio como un todo, el proceso de conquista y colonización puso en profunda duda el aspecto utópico de la idea de América con un trasfondo de violencia y explotación. La expropiación y explotación de los pueblos indígenas y afrodescendientes se tapó de diversas formas en distintas partes del hemisferio, y en ningún lugar con más éxito que en las colonias británicas que se transformarían en los Estados Unidos de América.

El caso de la América española es un tanto distinto, por las intervenciones apasionadas del Padre Bartolomé de las Casas. Como resulta claro de los debates entre historiadores latinoamericanistas sobre la Leyenda Negra, el trato cruel de los pueblos indígenas se volvió una espina clavada eternamente en el colonialismo español. Tanto así, que hasta a comienzos de este siglo, con el gran genocidio de los pueblos indígenas en Guatemala que se dio con las dictaduras militares y la guerra civil, la comparación efectiva entre los dos genocidios fue un arma poderosa en manos de los analistas y activistas de los derechos indígenas.



**Tapa del libro del profesor de leyes español Bartolomé Clavero, reproduciendo el dibujo de Víctor Iván, hijo del intelectual y activista Maya Víctor Montejo, hecho en los campos de refugiados en Chiapas, México**

Por otro lado, el uso de la *Brevísima Relación* de Las Casas por los poderes coloniales en competencia con España se volvió una estrategia tanto interesada como efectiva para mantener la atención en los abusos de España que habían sido tan ampliamente documentados por el padre dominicano. Su denuncia apasionada de las crueldades cometidas con los pueblos indígenas de las Américas resultó ser un arma poderosísima en manos de los holandeses, franceses e ingleses en sus conflictos con España. Y la *Brevísima Relación* sería nuevamente reivindicada en 1898 por un nuevo y emergente poder colonial, los Estados Unidos.

Aunque estos conflictos geopolíticos nos ayudan a ver con otro lente la evolución histórica de América como hemisferio, no debemos olvidarnos que la América, como lugar nuevo, utópico y excepcional, fue un concepto compartido por muchos durante siglos. En tal contexto, el uso de

"América" para significar la unidad de distintos estados al interior de los Estados Unidos nos sugiere un imaginario utópico que quizá sería reconocible para otros pensadores del hemisferio, incluyendo—como ya hemos visto--a José Martí.

Sin embargo, dados todos los eventos históricos que hemos explorado aquí, la idea utópica de América se articuló al poder económico y militar imperialista en solamente un caso: los Estados Unidos. Hemos visto cómo las profundas divisiones entre Norte y Sur, inscritas en la misma médula del sistema federal estadounidense en la tensión supuestamente productiva entre "América" y "los Estados", ayudaron a generar el expansionismo continental, a la vez que este mismo expansionismo generó divisiones todavía más profundas, especialmente alrededor del tema de la esclavitud, que a la larga desembocaron en la Guerra Civil. Al derrotarse el esfuerzo de reconciliación conocido como la Reconstrucción, y cuando el Sur se segregó de nuevo, quitándole a la población afrodescendiente sus derechos democráticos bajo el velo de los derechos de "los Estados", ¿a qué mejor uso pudo ponerse la idea de "América" que el de bautizar a los Estados Unidos como el país defensor de la libertad en todo el mundo?

Dada la importancia de José Martí en la formulación de la idea de "Nuestra América" vale la pena comenzar nuestra conclusión con su ensayo sobre el Congreso Internacional de Washington publicado en *La Nación* en Buenos Aires a finales de los años 1880s, antes que su ensayo "Nuestra América" y cuando Cuba estaba luchando con España en su Guerra de Independencia.

"De una parte hay en América un pueblo que proclama su derecho de propia coronación a regir, por moralidad geográfica, en el continente, y anuncia[...],mientras pone la mano sobre una isla y trata de comprar otra, que todo el norte de América ha de ser suyo, y se le ha de reconocer derecho imperial del Istmo abajo", escribió Martí en una sección particularmente irónica, " y de otra están los pueblos de origen y fines diversos, [...], que no tienen más enemigo real que su propia ambición, y la del vecino que los convida a ahorrarle el trabajo de quitarles mañana por



la fuerza lo que le pueden dar de grado ahora". Y concluyó: "¿han de poner sus negocios los

pueblos de América en manos de su único enemigo, o de ganarle tiempo, y poblarse, y unirse [...] antes de que [se eche], por la razón de estar en el mismo continente, sobre los pueblos decorosos, capaces, justos, y como él, prósperos y libres?"<sup>47</sup>

Escrito antes que su ensayo "Nuestra América", en el calor mismo de la lucha cubana por la independencia frente a España y antes de la invasión estadounidense de la isla, este comentario de Martí sobre el Congreso Internacional de Washington nos sirve como buen punto de entrada a la consideración, en diálogo con nuestras reflexiones más amplias y a modo de conclusión, de un artículo reciente del historiador Michel Gobat titulado "La invención de América Latina" (The Invention of Latin America). En este ensayo, Gobat difiere con el historiador estadounidense John Leddy Phelan, quien sugirió hace ya bastante tiempo que la expresión "América Latina" originó desde los franceses y en preparación para su invasión de México en los años de 1860. Por el contrario, asevera Gobat, el concepto tiene su origen en el miedo que surgió frente al expansionismo estadounidense después de la exitosa expedición filibustera de William Walker en Nicaragua en los años de 1850. "La frase 'raza latina' cupo bien con los esfuerzos de los liberales de desvincularse de España", escribe Gobat, "a quien consideraron irredimiblemente atrasada".<sup>48</sup> Pero si reflexionamos un poco más sobre las distintas conceptualizaciones de "América" que hemos analizado en este ensayo, el tema de "América" vs. "América latina" vs. "América española" resulta ser un poco más complejo y multifacético.

Para comenzar, es especialmente interesante que a final de los años 1880s, cuando Cuba estaba luchando con España en su Guerra de Independencia, Martí aún no usó el término "América Latina", sino que "América" en su significado hemisférico. Como se puede ver en la cita reproducida más arriba, su uso de la palabra "América" tenía múltiples aristas, la más importante de las cuales era la de resaltar que Estados Unidos era solamente un país en el hemisferio, aunque tuviera ambiciones adquisitivas tremendamente desarrolladas. En tal contexto, la distinción que hace entre Estados Unidos como país ambicioso, adquisitivo e imperial, que está exigiendo la sumisión voluntaria de los demás países del hemisferio, y el resto de los países que son "decorosos, capaces, justos, y como él, prósperos y libres", resulta especialmente mordaz.

Finalmente, como vimos en los escritos de Edmundo O’Gorman en particular, la noción de “America” fue, aún en el siglo XX, una noción expansiva y utópica que había ayudado a los europeos a trascender las barreras teológicas. Así es que los significados y anhelos articulados con la idea de “América” trascendieron lugares específicos del hemisferio.<sup>49</sup> En última instancia, por tanto, la noción de “América”, emergiendo del período de exploración y viajando hasta la época postcolonial, mantuvo una cierta calidad utópica para los intelectuales y pensadores en el hemisferio en su conjunto. Al mismo tiempo, al iniciar Estados Unidos su proceso de expansión imperial en el Pacífico y el Caribe, la noción desarrolló—para los habitantes al norte del Río Bravo—una conexión más específica con los Estados Unidos.

---

#### NOTAS

<sup>1</sup> José Martí, “Nuestra América,” en *Páginas Escogidas*, Selección y prólogo de Roberto Fernández Retamar, Tomo I (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1974), 2a Edición, pp. 157-68; cita directa en la p. 159.

<sup>2</sup> *Ibid*, pp. 166-67.

<sup>3</sup> Para los conceptos de arqueología y genealogía, véase Michel Foucault, *Power/Knowledge: Selected Interviews and Other Writings, 1972-1977*, edición de Colin Gordon (Nueva York: Pantheon Books, 1980), p. 85. Como todas las demás citas de textos en inglés, la traducción es mía.

<sup>4</sup> En el prólogo a la segunda edición en castellano de su libro, O’Gorman explica cómo se llegó a gestar la nueva versión en diálogo con su trabajo en Estados Unidos. Edmundo O’Gorman, *La Invención de América: Investigación acerca de la estructura histórica del Nuevo Mundo y el sentido de su devenir*, 2ª Edición en castellano (México, D.F.: Fondo de Cultura Económica, 1977), pags. 8-12.

<sup>5</sup> Edmundo O’Gorman, *The Invention of America: An inquiry into the historical nature of the New World and the meaning of its history* (Bloomington, IN: Indiana University Press), p. 111. He traducido de la versión en inglés porque esta parte es mucho más clara allí.

<sup>6</sup> O’Gorman, pp. 129-30.

<sup>7</sup> Jack P. Greene, *The Intellectual Construction of America: Exceptionalism and Identity from 1492 to 1800* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1993), pp. 50-51, 58; cita en la p. 58.

<sup>8</sup> Jorge Cañizares-Esguerra, *Puritan Conquistadors: Iberianizing the Atlantic, 1550-1700* (Stanford, CA: Stanford University Press, 2006). La cita directa está en la p. 119; el punto más general sobre la conquista como una liberación del continente y sus pueblos de la opresión satánica se presenta por primera vez en las pags. 16-17.

<sup>9</sup> Benjamin Schmidt, *Innocence Abroad: The Dutch Imagination and the New World, 1570-1670* (Cambridge and New York: Cambridge University Press, 2001).

---

<sup>10</sup>Lewis Hanke, *Bartolomé de las Casas, Historian: An Essay in Spanish Historiography* (Gainesville: University of Florida Press, 1952), p. 13.

<sup>11</sup> Benjamin Schmidt, *Innocence Abroad: The Dutch Imagination and the New World, 1570-1670* (Cambridge and New York: Cambridge University Press, 2001), pp. 117-18; las citas directas están en las pags. 118 y 119, respectivamente.

<sup>12</sup> D.A. Brading, *The First America: The Spanish monarchy, Creole patriots, and the Liberal state 1492-1867* (New York: Cambridge University Press, 1991), p. 59.

<sup>13</sup> *Ibid.*

<sup>14</sup> *Ibid.*

<sup>15</sup> *Ibid*, p. 60.

<sup>16</sup> Véase el debate entre Benjamin Keen y Lewis Hanke en las páginas de la revista *The Hispanic American Historical Review*: Benjamin Keen, "The Black Legend Revisited: Assumptions and Realities," *HAHR*, Vol. 49, No. 4 (noviembre de 1969), pp. 703-719; Lewis Hanke, "A Modest Proposal for a Moratorium on Grand Generalizations: Some Thoughts on the Black Legend," *HAHR*, Vol. 51, No. 1 (Feb. de 1971), pp. 112-127; y Benjamin Keen, "The White Legend Revisited: A Reply to Professor Hanke's 'Modest Proposal'," *HAHR*, Vol. 51, No. 2 (Mayo de 1971), pp. 336-355.

<sup>17</sup> Charles Gibson, *Tlaxcala in the Sixteenth Century* (New Haven: Yale University Press, 1952), pp. 15-27.

<sup>18</sup> Las fuentes primarias sobre la relación entre el ejército de Cortés y los tlaxcaltecas incluyen Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España escrita por el capitán Bernal Díaz del Castillo, uno de sus conquistadores* (México, Fernández, 1961); y el testimonio de Andrés de Tapia, reproducido en Stuart B. Schwartz (ed.), *Victors and Vanquished: Spanish and Nahuatl Views of the Conquest of Mexico* (Boston y Nueva York: Bedford/St. Martin's, 2000), pp. 115-19, que narra la masacre de Cortés en la ciudad de Cholula que ayudó a "convencer" a los pueblos indígenas de esa región de ser sus aliados en contra de Tenochtitlán. Bernal Díaz también nos presenta una de las narrativas más detalladas de las luchas para tomar la capital Mexica.

<sup>19</sup> Una narrativa política y militar de la conquista del Perú se encuentra en John Hemming, *The Conquest of the Incas* (Edición original Macmillan London Ltd., 1970; Edición Revisada, Penguin Books, 1983). La descripción de la captura y prisión de Atahualpa, la exigencia de un rescate, y en última instancia su ejecución, se pueden encontrar en la edición revisada en las páginas 46-79. La clásica descripción del papel central de las alianzas con los pueblos indígenas rivales en la derrota de los Incas se encuentra en Waldemar Espinoza Soriano, *La destrucción del imperio de los Incas: La rivalidad política y señorial de los curacazgos andinos* (Lima: Ediciones Retablo de Papel, 1973).

<sup>20</sup> Sobre los Mapuche en particular, véase José Bengoa, *Historia del pueblo mapuche : (siglo XIX y XX)* (Santiago, Chile : Ediciones Sur, 1985). Sobre lo que es ahora el lado argentino de la cordillera de los Andes, véase Claudia Briones and José Luis Lanata (eds.), *Archaeological and anthropological perspectives on the native peoples of Pampa, Patagonia, and Tierra del Fuego to the nineteenth century* (Westport, Conn. : Bergin & Garvey, 2002).

<sup>21</sup> Neal Salisbury, "The Colonizing of Indian New England", *The Massachusetts Review*, Vol. 26, No. 2-3, agosto de 1985, pags. 447-460, cita directa en la p. 451.

---

<sup>22</sup> *Ibidem.*

<sup>23</sup> Julián Juderías, *La Leyenda Negra: Estudios acerca del concepto de España en el extranjero*, 2ª edición (Barcelona: Casa Editorial Araluce Cortes, 392, 1917), la cita en la pag. 17.

<sup>24</sup> Benjamin Schmidt, *Innocence Abroad: The Dutch Imagination and the New World, 1570-1670* (Cambridge y Nueva York: Cambridge University Press, 2001), pp. 116-120.

<sup>25</sup> David W. Blight, *Race and Reunion: The Civil War in American Memory* (Cambridge, MA: Harvard University Press, 2001), p. 5.

<sup>26</sup> Amy Kaplan, "Black and Blue on San Juan Hill," en Amy Kaplan and Donald E. Pease, editores, *Cultures of United States Imperialism* (Durham y Londres: Duke University Press, 1993), cita en la p. 219.

<sup>27</sup> *Ibidem.*, p. 223.

<sup>28</sup> *An Historical and True Account of the Cruel Massacre and Slaughter of 20,000,000 of people in the West Indies by the SPANIARDS, Written by BISHOP LAS CASAS, AN EYE-WITNESS* (Nueva York: Publicado por J.B., 1898), Microfiche de la versión original archivada en el State Historical Society de Wisconsin.

<sup>29</sup> *Ibidem.*, p. 12.

<sup>30</sup> *Ibidem.*, p. 20.

<sup>31</sup> *Ibidem.*, p. 21.

<sup>32</sup> Un detallado análisis del período entero de las luchas por la independencia en Cuba se encuentra en Ada Ferrer, *Insurgent Cuba: Race, Nation, and Revolution, 1868-1898* (Chapel Hill y Londres: University of North Carolina Press, 1999).

<sup>33</sup> Para la Conferencia de Berlín, véase S.E. Crowe, *The Berlin West African Conference, 1884-1885* (Londres y Nueva York: Longmans, Green and Co., 1942). Agradezco a mi colega Francisco Scarano su sugerencia sobre la conexión entre los dos eventos.

<sup>34</sup> Leonard J. Sadosky, *Revolutionary Negotiations: Indians, Empires and Diplomats in the Founding of America* (Charlottesville y Londres: University of Virginia Press, 2009), especialmente los capítulos 2-5. Agradezco a Lauren Ayers, estudiante de doctorado en historia de Estados Unidos, por su recomendación del libro de Sadosky.

<sup>35</sup> "Federal Theory in *The Federalist*," en Dimitros Karmis and Wayne Norman (eds.), *Theories of Federalism: A Reader* (Nueva York: Palgrave Macmillan, 2005), pp. 105-133, citas directas en las pags. 127-128.

<sup>36</sup> *Ibidem.*, todas las citas en la p. 117.

<sup>37</sup> Véase Sadosky, especialmente capítulos 2 a 5.

<sup>38</sup> Véase Laurent Dubois, *A Colony of Citizens: Revolution & Slave Emancipation in the French Caribbean, 1787-1804* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2004).

<sup>39</sup> Walter LaFeber (ed.), *John Quincy Adams and American Continental Empire: Letters, Papers and Speeches* (Chicago: Quadrangle Books, 1965), p. 36.

---

<sup>40</sup> Sadosky, *Revolutionary Negotiations*, pp. 199-200.

<sup>41</sup> William S. Belko (ed.), *America's Hundred Years' War: U.S. Expansion to the Gulf Coast and the Fate of the Seminole, 1763-1858* (Gainesville: University Press of Florida, 2011); David S. Heidler, "The Politics of National Aggression: Congress and the First Seminole War," *Journal of the Early Republic*, Vol. 13, No. 4 (Winter 1993), pp. 501-530; y Canter Brown Jr., "The Florida Crisis of 1826-1827 and the Second Seminole War," *The Florida Historical Quarterly*, Vol. 73, No. 4 (April 1995), pp. 419-442.

<sup>42</sup> Sadosky, *Revolutionary Negotiations*, pp. 200-201.

<sup>43</sup> John Tutino, "Capitalist Foundations: Spanish North America, Mexico, and the United States," en Tutino (ed.), *Mexico and Mexicans in the Making of the United States* (Austin: University of Texas Press, 2012), pp. 36-82, cita en la p. 67.

<sup>44</sup> Amy S. Greenberg, *A Wicked War: Polk, Clay, Lincoln, and the 1846 U.S. Invasion of Mexico* (New York: Vintage Books, 2013), p. 156.

<sup>45</sup> *Ibid.*, p. 269.

<sup>46</sup> *Ibidem.*

<sup>47</sup> José Martí, "Congreso Internacional de Washington: Su historia, sus elementos y sus tendencias", en *José Martí. En los Estados Unidos: Periodismo de 1881 a 1892*, Edición crítica de Roberto Fernández Retamar y Pedro Pablo Rodríguez, Primera Edición Impresa en España, 2003, pp. 1336-1342, cita directa en la p. 1337.

<sup>48</sup> Michel Gobat, "The Invention of Latin America: A Transnational History of Anti-Imperialism, Democracy, and Race," *American Historical Review*, Vol. 118(5), diciembre de 2013, pags. 1345-1375; cita directa en la p. 1355.

<sup>49</sup> Es interesante notar, en este contexto, que en la pag. 1349, nota 19 de su ensayo, Gobat se refiere al texto de O'Gorman como el que definió "las raíces coloniales de 'América'", cuando un análisis más minucioso del texto, como hemos intentado más arriba en este ensayo, no muestra raíces coloniales, sino más bien la apertura de un nuevo mundo imaginado.